

ces es permitido á la fuerza el explotarle según sus caprichos y su interés.

¡Cuántas acciones de gracias debemos á la adorable Trinidad por haber adornado al hombre con tanta grandeza y nobleza, y por no haberle dejado ignorar los títulos! ¡Que vengan los que persiguen con tanta paciencia y á veces con tanta bajeza los honores y las condecoraciones que el mundo promete!... ¡Que vengan los que creen que la Religión no es á propósito más que para rebajar, para degradar y hasta para anonadar á los hombres! ¡Que nos digan si hay algo más grandioso, más ilustre, que el llevar en sí mismo la imagen y la semejanza de la Divinidad, y si es demasiado poco para nosotros el llevar en nuestra alma un compendio, una reducción del Dios Santo!... ¿No hay más bien motivo para exclamar con el Profeta: «Señor, nuestro Dios, qué es la criatura humana para que así os hayáis acordado de ella? ¿para que os hayáis dignado no sólo inclinaros hasta ella, y dejar en nuestro sér la huella de vuestras plantas, sino también para que hayáis querido resplandecer y reflejar en ella, y fijar en ella los rayos de vuestro esplendor divino?...»

SEGUNDA PARTE.

¡Sí, ciertamente es grande la majestad del misterio de la Santísima Trinidad! Para confundir y anonadar á su envidioso adversario, Dios no tiene más que mostrarle en el menor de sus reflejos, en la más pálida de sus imágenes. Mas al fin, por imponente, magnífico y sublime que sea este misterio no es menos incomprensible. ¿Cómo comprender, en efecto, ese gran enigma de unidad de naturaleza en una trinidad de personas? ¿esa esencia indivisible é individida, que sin embargo tiene tres perso-

nas distintas, sin que la unidad de naturaleza confunda las personas, ni la pluralidad de personas divida la naturaleza? ¿Cómo comprender que en esa Trinidad un solo Hijo saca una fecundidad infinita, y un solo Espíritu Santo termina un amor infinito? ¿Cómo comprender que el Padre engendra al Hijo sin serle anterior en el tiempo? ¿que el Hijo sea engendrado sin relación de dependencia para con el Padre? ¿que el Espíritu Santo sea producido por el Padre y el Hijo, sin inferioridad de existencia y de dignidad? ¿Cómo comprender que la sabiduría infinita del Padre se encuentra toda entera en el Verbo, su Hijo, pero imagen perfecta, consustancialidad viviente, y un solo y verdadero Dios con él? ¿Cómo comprender que el Padre y el Hijo, por un solo y único acto de voluntad, producen continuamente el divino amor, verdadero Dios también como el Padre y el Hijo?

¿Cómo comprender que en esa Trinidad, la misma *Generación* es perfecta y se repite siempre, la misma *Espiración* se cumple y se renueva siempre? ¿que hay en ella misiones sin salida, relaciones sin sujeción y oposiciones sin contrariedad? ¿Cómo comprender, en fin, que en esa Trinidad cada persona tiene sus propiedades personales, y, sin embargo, la una no es ni más ni menos perfecta que la otra, y cada una tiene separadamente todas las perfecciones que las tres reunidas poseen en conjunto? ¿que cada una es omnipotente, increada, inmensa, eterna é infinita? en una palabra, ¿que cada una es Dios, y que, sin embargo, no son tres omnipotentes, no son tres eternos, no son tres infinitos, no son tres inmensidades, no son tres soberanías?

Misterio profundo, impenetrable, incomprensible, en que el teólogo más ilustrado no comprende más, en cuanto al fondo del misterio, que el cristiano cuya fe es la más sencilla y se halla iniciado en los primeros elementos de la doctrina cristiana. El hombre ya formado no

comprende tampoco más que el niño: el hombre de talento y el sabio más que la cándida mujer.

En presencia de este misterio, todo entendimiento es obtuso, toda razón débil, toda capacidad limitada, toda luz oscura, todo saber insuficiente, toda indagación vana y supérflua; toda curiosidad temeraria no puede conducir más que á una ofuscación punible y á una irremediable ceguedad: la gloria de ese majestuoso sol hace algo más que deslumbrar; ciega y aniquila con sus rayos al audaz investigador (1). En vano la razón humana, aun fortalecida por la fe, sostenida por la ciencia, guiada é impulsada hácia adelante por el genio, emprendería un vuelo atrevido sobre sí misma, con la esperanza de abordar la inteligencia de ese insondable misterio: cuando creyese haber llegado á él, estaría más alejada que nunca.

Los profetas á quienes Dios reveló ese misterio le han presentado siempre con un carácter de impenetrable oscuridad y de luz inaccesible. Siempre le han contemplado como un abismo sin fondo, un océano sin riberas, una extensión sin límites. Siempre han adorado en ese misterio al Dios oculto, al Dios tan profundamente encubierto, que no sólo se sustrae á la vista de los sentidos, sino todavía mucho más á la vista del espíritu. Vos soís, Dios mio, verdaderamente el Dios oculto (2).

Pero esas mismas incomprendibilidades del misterio establecen de una manera brillante su verdad, y le hacen infinitamente más creíble. Esas majestuosas oscuridades, esas augustas tinieblas son la prueba más evidente de la verdad del misterio. Ellas demuestran que es una revelación descendida del cielo, y no una invención del entendimiento humano.

En efecto: sabemos que ese misterio no ha podido ser

(1) Scrutator majestatis opprimetur à gloria. (*Prov.*, xxv, 27.)

(2) Verè tu es Deus absconditus. (*Is.*, xlv, 15.)

inventado por los filósofos; quienes, según la observación de Santo Tomás, no conocieron más que los atributos pertenecientes, por *apropiación*, á las personas, como el poder, la sabiduría, la bondad, y aun nõ los conocieron sino muy imperfectamente (1). Mas en cuanto á lo que constituye la esencia del misterio de la Trinidad, á saber, la pluralidad de personas en una sola naturaleza, la paternidad, la filiación, la espiración, no tuvieron ni pudieron tener la menor idea de ellas (2). El verbo de Platón no era una persona engendrada, era la razón ideal según la cual Dios había hecho todas las cosas.

La razón humana, abandonada á sí misma, rechaza todo lo que la abate ó rebaja, como el corazón todo lo que le molesta. Por eso las religiones de fábrica humana son más ó menos accesibles á la razón, y sobre todo favorables á las pasiones. Los filósofos y los herejes, por un efecto de sus mezquinas miras, pueden admitir muy bien y proponer doctrinas que lleguen á ser incomprensibles, ó más bien absurdas y contradictorias en sus deducciones y aplicaciones. Pero en general su objeto y su intención directa no es el proponer verdades incomprensibles, como tampoco virtudes heróicas y sublimes que practicar. Por eso cada herejía no es más que la negación de un misterio que confunde la razón humana, ó de una ley que incomoda á las pasiones. La incredulidad á su vez no es más que la negación completa de toda verdad oculta y de toda ley santa en interés de una razón orgullosa, y de corazones corrompidos. La cuestión no es el saber si los incrédulos, lo mismo que los herejes, incurren forzosamente en repugnantes absurdos en materias de doctrinas, y se someten á un yugo mucho más insoportable

(1) Philosophi non cognoverunt nisi quædam essentialia quæ appropriantur personis scilicet potentiam, sapientiam, bonitatem. (*Santo Tomás.*)

(2) Sed non cognoverunt mysterium divisionum personarum per propria quæ sunt Paternitas, Filiatio, Processio. (*Ibid.*)

que el de las leyes divinas. Lo que importa hacer constar es que sólo Dios, con una intención patente y reconocida, puede revelar é imponer al hombre dogmas incomprendibles y leyes severas, una creencia superior al alcance de la razón, y una moral superior á las propensiones del corazón.

Es, pues, verdadero é incontestable que el misterio de la Santísima Trinidad, siendo incomprendible, no ha podido ser más que revelado por Dios; y es necesario, dice San Hilario, referirse á Dios, y creerle en todo lo que se digna decirnos de sí mismo (1). Si la Religión nos propusiese un Dios comprensible á nuestra razón, entonces deberíamos ser un poco difíciles en creer, y deberíamos desconfiar de ella: semejante Dios no podía menos de ser sospechoso. En efecto, un Dios que el hombre comprendiese podría muy bien no ser más que un Dios de invención humana. Un Dios accesible á la razón podría muy bien ser obra de la razón. Ese Dios, á fuerza de ser demasiado humano, cesaría por lo mismo de parecer un sér superior verdaderamente á la naturaleza humana. A fuerza de ser fácilmente creíble, no parecería ya más que una ilusión, una ficción indigna de crédito. Nada, en efecto, hay más contrario á la razón que la hipótesis de una inteligencia finita, comprendiendo las insondables profundidades de lo infinito.

Dios no es Dios sino en cuanto es infinito, y por consiguiente se halla infinitamente elevado sobre la comprensión de mi inteligencia. Un Dios que yo comprendiese sería demasiado pequeño á mis ojos, y no me parecería digno de mis homenajes. El honor y la gloria del hombre consiste en no humillar su frente ni doblar la rodilla más que ante lo infinito y lo incomprendible.

Puedo, acaso, ¿temer el humillarme demasiado adoran-

(1) *Ipsi Deo de Deo credendum est. (San Hilario.)*

do la inefable Trinidad? Por quiénes, en efecto, ¿ha sido creído y adorado ese misterio? Por los mayores talentos del mundo. No ha sido negado más que por los herejes y por los incrédulos, entre los cuales ha podido haber hombres de talento, pero no un solo hombre de genio: ha sido negado por entendimientos falsos y por corazones corrompidos. Ha sido creído por los Tertulianos, los Orígenes, Cipriano, Lactancio, Basilio, Atanasio, Gregorio de Nacianzo, Crisóstomo, Cirilo, Ambrosio, Agustín, León, Bernardo, Tomás, Alberto el Grande, Belarmino, Suárez, Leibnitz, Newton, Bossuet, Pascal y Bonald. Ha sido creído en el mundo entero; es profesado por cuatrocientos millones de cristianos, por todo lo que hay más elevado en la tierra en punto á razón y ciencia, y eso sin que se tenga la pretensión de comprenderle. Pues bien; un misterio no comprendido é incomprendible, ¿qué otra voz que la de Dios ha podido proclamarle hasta las extremidades de la tierra? ¿Qué otro brazo que el de Dios ha podido hacerle triunfar del furor de las sectas y de las conspiraciones de la incredulidad? ¿Qué otro dedo que el de Dios ha podido escribir en las inteligencias más altivas y poderosas, en los corazones más rebeldes, como en los más sencillos y más humildes? Y eso durante diez y nueve siglos, á la luz del día, mientras que los filósofos y las sectas que se atreven á negar el dogma de la Trinidad, aun teniendo cómplices en todas las malas pasiones, se ven todavía obligados á disimular, usar un lenguaje ambiguo, y encubrir sus malas doctrinas con alguna apariencia de trinidad filosófica y nominal.

Luégo por lo mismo que el dogma cristiano de la Trinidad es incomprendible, y sin embargo es creído por tanta multitud de fieles, se sigue que es un dogma divino, digno de todo crédito. Se sigue que en su incomprendibilidad encierra un verdadero exceso de credibilidad. Tal es y tal fué siempre el triunfo de toda revelación

emanada de Dios. «¡Vuestros testimonios, Dios mio, ha dicho el Profeta, son siempre creibles, y lo son hasta el extremo!...» (1).

TERCERA PARTE.

Ya hemos visto que la Santísima Trinidad concurría toda entera á la creación del hombre *Hagamos al hombre*, indica bien claramente la pluralidad de cooperadores. Sí, cada una de las tres Personas divinas contribuyó á ella y la imprimió el sello de su operación por un favor particular. El Padre dejó el sello de su operación en la inteligencia, el Hijo en la razón, y el Espíritu Santo en la voluntad. Así, no se manifestó en la creación el Dios Único sino el Dios *Trino*.

Pero el hombre no supo conservar lo que le elevaba á tanta altura. Entregado al pecado, su inteligencia quedó ciega é impotente para concebir pensamientos justos y razonables. Así cesó de representar al Dios Padre, cesó de reflejar esa luz de la faz Divina que la creación había esparcido en ella (2). La razón ya no representó al Dios Hijo, y cesó de ser la luz emanada de la luz. Extraviándose en su vanidad y en su orgullo, llegó á ser un instrumento de error y no de verdad. Volvió contra Dios los dones de Dios mismo: se obcecó á propósito para no ver. Su voluntad pervertida é inclinada al mal, cesó de representar al Espíritu Santo, es decir, á la voluntad pura, recta y santa que no puede querer jamás la iniquidad, que no puede querer otra cosa que todo lo que es bueno, todo lo que es recto, todo lo que es puro, todo lo que es digno de amor, todo lo que es santo. La imagen de la

(1) Testimonia tua credibilia facta sunt nimis. (Salmo xci, 7.)

(2) Signatum est super nos lumen vultus tui. (Salmo iv, 6.)

Trinidad, aun conservando sus rasgos esenciales, ha quedado alterada, descolorida, deforme. La copia no parecía representar ya al divino modelo más que para deshonrarle. «El hombre, dice el Profeta, no había comprendido el exceso de honor á que fuera elevado; había descendido al nivel del bruto, que no lleva la semejanza del que no conoce» (1). Sin luz, sin rectitud, sin amor, no hubo más que ceguedad, sinrazón, egoísmo.

La divina Trinidad tuvo compasión, y resolvió retocar y restaurar su obra, que una mano enemiga había echado á perder. Una gracia de regeneración y de innovación fué adherida á las aguas del bautismo, desde el día en que á orillas del Jordán la Santísima Trinidad se reveló de una manera brillante. Por efecto de aquella gracia debió quedar borrado cuanto el hombre había puesto de anticuado en la obra divina, y al mismo tiempo debió reaparecer el colorido y la belleza de la imagen celestial. ¡Ah!... ¡si os fuese dado el contemplar esa obra divina de renacimiento y de restauración; si os fuese dado contemplar el alma así regenerada por la Trinidad Santa, caeríamos prosternados, deslumbrados por tanto esplendor!... ¡El mismo Dios sería el que se nos apareciera en la imagen obra de sus manos!...

El bautismo nos es conferido en nombre de la Santísima Trinidad, para darnos á entender que así como las tres Personas divinas concurren á la obra de nuestra creación, y cada una de ellas nos dió algo suyo para hacernos vivir la vida intelectual, del mismo modo las tres concurren á nuestra regeneración espiritual y á nuestra santificación, y nos han dado cada una algo suyo para hacernos vivir la vida espiritual. Así como en la creación el Padre puso en nosotros la inteligencia, el Hijo

(1) Homo cum in honore esset comparatus est jumentis insipientibus. (Salmo XLVIII, 13.)

la razón y el Espíritu Santo el orden y la armonía, así también en la regeneración, que San Pablo llama una creación nueva, el Padre pone en nosotros la fe, el Hijo la esperanza y el Espíritu Santo la caridad. Habiendo dicho Jesucristo: «Nadie viene á mí sin que mi Padre le atraiga» (1), y siéndonos por otra parte presentada la fe como el fundamento y el principio de toda religión, debemos comprender que la fe es necesariamente el don del Padre. Habiéndonos dicho además San Pedro que Jesucristo nos ha regenerado en esperanza viva (2), y llamando San Pablo á Jesucristo esperanza nuestra (3), no podemos dudar un solo instante que la esperanza es el don particular del Hijo. En fin, el mismo San Pablo enseña bastante claramente que la caridad es el don propio del Espíritu Santo, cuando nos dice que el Espíritu Santo es el que infunde la caridad divina en nuestros corazones (4).

Admirar la belleza y la armonía del plan divino. Así como en el orden natural de la inteligencia nace el pensamiento y la voluntad procede de esas dos cosas reunidas, inteligencia y pensamiento, así también en el orden sobrenatural de la fe nace la esperanza, y de la esperanza y de la fe nace la caridad. Del mismo modo que la inteligencia, el pensamiento y la voluntad son tres cosas distintas, y, sin embargo, no constituyen más que un solo todo, el alma razonable; la fe, la esperanza y la caridad son también tres virtudes reales y distintas, y sin embargo no constituyen más que una sola cosa, el estado del alma verdaderamente cristiana, del alma que vive la vida de la gracia.

(1) Nemo venit ad me, nisi Pater meus traxerit eum. (*San Juan*, vi, 44.)

(2) Regeneravit nos in spem vivam. (*I. Petr.*, i, 3.)

(3) Christus spes nostra. (*I. Timoth.*, i, 1.)

(4) Caritas Dei diffusa es in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis. (*Rom.*, v, 5.)

Conforme á la institución de Jesucristo, la anunciación del misterio de la Santísima Trinidad entra en todos los sacramentos, y eso para que comprendamos, dice San Agustín, que no hay gracia de salvación más que por la Trinidad Santísima. En nombre de la Santísima Trinidad es bautizado el catecúmeno, confirmado el cristiano y absuelto el pecador. En ese nombre bendito se da la Eucaristía, se administra la unción á los enfermos, es consagrado el sacerdote, y se forman los lazos sagrados del matrimonio.

La Santísima Trinidad es la que ilumina al infiel, convierte al hereje, justifica al pecador y santifica al justo. Ella inspira celo al Apóstol, fortaleza al mártir, fidelidad á las vírgenes, fervor al penitente, y piedad y austeridad al solitario. Ella sostiene al *viador*, consuela al moribundo y corona al elegido.

Santísima y augusta Trinidad, nosotros no conocemos lo que sois en vos misma: no podemos más que adorar vuestra inaccesible luz. Pero vemos muy bien lo que hacéis. El esplendor de vuestras obras nos dice la excelencia de vuestra naturaleza. ¿Cómo podemos atestiguaros nuestro reconocimiento?

El primer acto de nuestra gratitud deberá ser el acto de una fe humilde y perfecta. Cuando se debe todo á un bienhechor, ¿no es la propensión y el impulso primero de todo corazón bien nacido el ofrecerle en homenaje las primicias de cuanto se ha recibido de más excelente entre sus dones? Por el acto de fe, ofrecemos humildemente á Dios todo cuanto nos ha dado de más excelente; la facultad de conocer, de comprender y de abrazar la verdad. ¿Quién de nosotros podría negarse á humillarse ante la elevación de la Inteligencia infinita? Nosotros somos para nosotros mismos un misterio y un enigma, porque plugo á la Trinidad Santa dejar caer sobre nuestro sér intelectual y sobrenatural algun reflejo de su es-

plendor. ¿Y rehusaríamos el bajar nuestros ojos ante el esplendor de los esplendores, ante las alturas inaccesibles á toda altura creada? No, no rehusaremos el acto de nuestra fe á la Trinidad Santa. Sabemos que descender por las humillaciones voluntarias de la fe, es el único medio de no descender hasta el abismo eterno por las humillaciones forzosas reservadas al incrédulo. Pero el creer en ese grande misterio, ¿sería suficiente? Una fe sumisa y humilde, dice San Hilario, no basta: Dios quiere también ser servido con una fe viva y activa. Someter la razón no es más que el *debut* ó principio: la fe debe reinar también sobre las afecciones y sobre toda la conducta: no basta que ella los rectifique y las dirija hacia el bien; es necesario, sobre todo, que las ponga á cubierto de las influencias deletéreas. La Trinidad ha colocado en nuestros corazones su augusta semejanza. ¿Qué hacen los artistas cuando se trata de un cuadro debido al pincel de un gran maestro? Preservarle de las injurias del aire y del tiempo, y de toda avería. Nuestra alma, obra maestra del Dios Criador y Redentor, ¿deberá ser guardada con menos solicitud? Temamos para ella el viento contagioso del mundo, las tentaciones de toda especie, y no olvidemos el consejo del sabio: «Guardad con todo esmero y vigilancia vuestro corazón: Dios ha depositado en él un germen de vida divina» (1).

Pues bien: la mejor guardia, la mejor defensa de que podemos rodear nuestro corazón, será la frecuente invocación de la Santísima Trinidad. Eso es lo que la Iglesia nos insinúa suficientemente con su ejemplo y con todas las prácticas de su culto. No comienza nada sin la señal de la cruz, acompañada de las palabras reveladas por Jesucristo: En el nombre del Padre, etc. En todas las

(1) «Omni custodia serva cor tuum, quia ex ipso vita procedit. (Prov., iv, 23.)

oraciones de su liturgia invoca ó recuerda las tres Personas divinas, y no termina ningún himno, ningún salmo, sino por la doxología sagrada en honor de la augusta Trinidad. Así, más de cien veces al día, obliga á sus ministros á invocar y alabar sobre la tierra á esa adorable Trinidad que alaban é invocan sin fin en el cielo las angélicas jerarquías. La Iglesia sabe muy bien que no podemos decir nada más agradable á Dios, ni nada más útil para nosotros mismos. Ese nombre es el terror de todos sus invisibles adversarios; encierra ó contiene además todos los bálsamos, todos los preservativos útiles al alma contra los contagiós del mundo.

No será superfluo añadir que invocar el nombre de la Santísima Trinidad es un medio seguro de complacer á la Reina de los cielos. Sí, María, Hija querida del Dios Padre; María, Madre sin mancha del Dios Hijo; María, Esposa santa del Dios Espíritu de santidad; María no podría ser indiferente á nada de lo que concierne á la Trinidad augusta. María sabe muy bien lo que debe á cada una de las personas divinas, sabe muy bien que ellas la han conferido grandezas y privilegios; ella, que de todas sus glorias ha procurado no conservar más que el título de sierva del Señor, no puede menos de simpatizar con todos los que se proclaman siervos del Dios Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Imitemos, pues, á la Iglesia santa, que en sus letanías, después de haber implorado gracia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, se dirige á María, y la invoca á su vez con esta patética súplica: «Santa María, rogad por nosotros:» *Sancta Maria, ora pro nobis*. ¡Oh! La Iglesia está segura de tener acceso con esta Santísima Madre, y de mover su corazón cuando ya ha dicho antes: *Sancta Trinitas unus Deus, miserere nobis*. Sí; todos nosotros tenemos necesidad de la conmiseración de un Dios Padre que puede decirnos: «¿En dónde ha estado hasta ahora el honor tributado á mi

paternidad (1)?» Tenemos necesidad de la conmiseración de un Dios Redentor que tiene el derecho de decirnos: «Pueblo mio: ¿qué he podido yo hacer que no haya hecho para salvaros» (2)? Necesitamos la conmiseración de un Dios Espíritu Santo, que estará en su derecho al decirnos: «¿Qué habéis hecho de mis dones, que os han sido prodigados desde el baño de la regeneración operante por el Espíritu de Dios» (3)?

Pero la augusta María no tiene más que presentarse, para interceder en nuestro favor. Ella reunió en sí los títulos y los derechos más sagrados que hay en el cielo y en la tierra: HIJA, MADRE y ESPOSA: manda cuando suplica, porque ruega en nombre de las más poderosas afecciones que Dios ha podido sacar de los tesoros de su amor.

No tenemos, pues, que hacer otra cosa que suplicarla que no nos rehuse su poderosa intercesión ahora y en la hora de nuestra muerte: *Nunc et in hora mortis nostræ*. Amen.

(1) Si ergo Pater ego sum, ubi est honor meus? (*Malach.*, I, 6.)

(2) Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ. (*Is.*, V, 4.)

(3) Lavacrum regenerationis et renovationis Spiritus Sancti. (*Tim.*, III, 5.)

SERMÓN

SOBRE EL AMOR DE DIOS.

PARA EL DOMINGO DECIMOSÉTIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, ex tota anima tua, ex toto mente tua. Hoc est maximum et primum mandatum secundum autem simile est huic; diliges proximum tuum sicut teipsum. (San Mateo, XXII, 37, 38, 39.)

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu. Este es el primero y el más grande de todos los mandamientos: el segundo es semejante al primero: «Ama á tu prójimo como á ti mismo.»

Semejante al niño que acaba de nacer, cuyos padecimientos físicos sólo adivina el corazón de su madre, y se apresura á poner remedio á ellos, el hombre siente sus instintos y sus necesidades morales, pero no las comprende, no puede explicárselas, y no conoce tampoco los medios de hacerlas cesar (1). Sólo Dios puede revelar el hombre al hombre mismo, y enseñarle las verdaderas exigencias de su naturaleza, las verdaderas condiciones de su sér, y la verdadera manera de arreglarse á ellas.

Así, criado por Dios y para Dios, el hombre no puede encontrar el reposo en su corazón más que en el amor de

(1) Quasimodo geniti infantes. (*I., Petr.*, II, 2.)